

Familia y vocación

Programación diocesana



Diócesis Ciudad Real

Familia y vocación

Programación diocesana



Diócesis Ciudad Real

Edita: Diócesis de Ciudad Real.
Diseño y Maquetación: Delegación Diocesana de Comunicación.
c/ Caballeros, 5
13001 Ciudad Real
E-mail: obispado@diocesisciudadreal.es

Imprime: Artes Gráficas Garrido.
Septiembre 2016



Queridos evangelizadores: sacerdotes, religiosos y laicos:

Partiendo de las líneas fundamentales que el papa Francisco nos ofrece en su encíclica programática *Evangelii gaudium* (EG), quiero resaltar algunas actitudes pastorales que hoy debemos tener muy presentes por ser fundamentales para la evangelización actual de nuestro mundo y de nuestra gente.

La primera es una línea pastoral que aparece en toda la encíclica y que podemos denominar transversal: debe estar presente en toda la acción evangelizadora e imbuir toda nuestra actuación pastoral. Nuestra acción evangelizadora debe ser una evangelización misionera (Cfr. EG cap. I), es decir, que pide del evangelizador salir, buscar, ofertar y hacerlo continuamente y sin cansarse, en todos los momentos y en todos los sectores de la evangelización. La mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, a los que tenemos que evangelizar, se encuentran en las periferias increíbles de nuestra

sociedad y es allí y a ellos a los que hemos de ofrecer el bálsamo del Evangelio.

No podemos esperar a que sean ellos los que vengan a nosotros, porque no vendrán, ni podemos seguir haciendo lo mismo de siempre porque ya tenemos comprobado a dónde nos lleva. Hemos de salir de nuestra comodidad y de nuestras seguridades para evangelizar mucho más a la intemperie, con una dependencia y una confianza total en el Espíritu que nos asistirá y nos acompañará para llevar a Cristo y su mensaje a quienes tanto necesitan de Él.

Nuestras iglesias parroquiales se han quedado envejecidas haciendo lo de siempre y necesitan ser renovadas y rejuvenecidas (Cfr. EG 28) para acoger a todos los que hoy no van a ellas. Son muchos los que no conocen a Cristo o, conociendo algo de Él, no lo viven, son indiferentes a todo cuanto se refiere a Cristo y su vida, la fe en Él y las exigencias que la fe comporta. Están inmersos, hasta las entrañas, en otros intereses materialistas, hedonistas y de lucha por el poder y solo valoran lo que contribuye a incrementarlos.

No podemos quedarnos impasibles ante esta realidad que habla por sí misma: son muchos más los alejados, los indiferentes, los que no viven ni les importa el mensaje salvador de Cristo, que aquellos con quienes tenemos contacto en nuestras iglesias (Cfr. EG 33).

Todos tienen derecho a que se les anuncie el Evangelio, y nosotros tenemos la obligación de hacer que ese

mensaje les llegue, porque hemos recibido el encargo del Señor de ir y anunciar.

El encargo de Jesús nos exige no quedarnos en una pastoral sedentaria, de espera a que ellos vengan a nosotros. Somos nosotros los que hemos de salir a buscarlos (Cfr. EG 24) y esto nos pide que salgamos de nuestras estructuras, muchas veces, caducas, de nuestras seguridades, que las renovemos y las hagamos más vivas, con una presencia distinta, con un talante distinto y con una entrega generosa. Salida, presencia, entrega y talante diferente, que nos permitan llegar a donde están todos cuantos necesitan de una manera especial del bálsamo del Cristo y de su Evangelio, como el único que puede dar respuesta a todo cuanto ellos buscan en otros intereses y valores y no logran encontrarlo.

Es la hora de la **renovación espiritual y pastoral de los evangelizadores** y de cuantos sienten la responsabilidad de anunciar hoy el Evangelio. Es la hora de la conversión y de **un cambio radical de mentalidad**, (Cfr. EG 25–27; 33). Convencidos de que lo de siempre no sirve, hemos de ensayar otras formas, otros estilos, arriesgándonos al fracaso personal, evangelizando mucho más a la intemperie de los triunfos personales y mucho más apoyados en la fuerza del Espíritu. Es la única forma de llegar a quien necesita de nuestra acción evangelizadora y, a través de ella, la acción del Espíritu.

Es la hora de la **acción pastoral conjunta y comunitaria**, en la que participemos, con un verdade-

ro protagonismo, todos aquellos que componemos la Iglesia, que hemos sido bautizados y, por lo mismo, que hemos recibido el encargo de evangelizar. No podemos sentirnos francotiradores evangelizando este mundo adverso, tenemos que apoyarnos y contar los unos con los otros mucho más, con todos los que caminamos por el mismo camino de seguimiento de Jesús y juntos todos, sostenernos en Él que camina a nuestro lado y nos sigue diciendo: «como el Padre me ha enviado, así os envío yo. Id por el mundo entero» (Jn 20, 21) (Cfr. EG 102).

Esta actitud de conversión, de cambio de mentalidad, es la primera que hemos de tratar de encarnar en nuestro quehacer pastoral actual, si de verdad queremos no sentirnos fracasados.

Es la hora de **abandonar nuestros clericalismos y dar cancha abierta a los laicos** que tienen mucho que decir y que hacer en la tarea evangelizadora, en esta nueva etapa que se nos ha abierto ante nuestros ojos y que estamos viviendo.

Es urgente suscitar entre ellos, y alimentar en su corazón, la corresponsabilidad eclesial y la corresponsabilidad en la evangelización. Hemos de hacerlo desde la acción, desde la programación conjunta de las actividades pastorales, persiguiendo los mismos objetivos: ofrecer a este mundo descristianizado lo que necesita para que se acerque a Dios y deje que Cristo entre en sus vidas, los transforme y se encuentre con ellos.

Desde estas premisas, y partiendo de la cruda realidad que estamos viviendo de la poca estima y valoración que se tiene de la fe, de tantos alejados e indiferentes al mensaje cristiano, y a cuanto se refiere a Dios y a lo espiritual, he elaborado esta programación. Conscientemente no pongo fecha de duración. No nos importa estar el tiempo que sea conveniente con estos objetivos y acciones que nos planteamos, con tal de lograr que nuestra acción pastoral sea realmente una respuesta adecuada y propicia al envío que el Señor nos hace, a las necesidades de nuestra gente, y a lo que el mundo de la increencia está pidiendo y necesitando.

Necesitamos, queridos sacerdotes, religiosos y laicos tomar con verdaderas ganas y con una total entrega nuestra tarea, que es mucha y muy importante. Nos ha tocado vivir en un momento no fácil de la historia, pero también en un momento fascinante, porque el Señor deposita en nuestra manos, nada más y nada menos, que el reto de la evangelización de este mundo descristianizado, para anunciarle el mensaje salvador, liberador y sanador de Cristo. Él es el único en el que van a encontrar la salvación y la felicidad, la liberación de todas las esclavitudes y dependencias y la sanación de sus heridas producidas por una vida vivida al margen de Él y de su mensaje.

Una evangelización misionera pide de todos y cada uno de los evangelizadores y agentes de evangelización **una verdadera conversión personal**, que nos haga

sentir la responsabilidad ante tantas personas que no creen y son indiferentes a Dios y a todo cuanto suene a fe. Como he referido anteriormente, el número de estas personas alejadas e indiferentes a Cristo y a la fe son, por desgracia, muchas más en número que los que tenemos en nuestras Iglesias y tratan de seguir al Señor (Cfr. EG c. II).

Esta situación debe llevarnos a trabajar personalmente mucho más, con nuevas iniciativas y con un nuevo estilo, distinto del de siempre, para acercarlos a Cristo y no dar por perdida la guerra antes de haber empezado la batalla y haber puesto todo cuanto esté en nuestra mano para anunciarles a Jesús y su mensaje salvador.

Una situación que reclama de nosotros **una verdadera conversión pastoral** como agentes de evangelización, que, como dice el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*, sea una conversión que nos impulse a trabajar para no dejar las cosas como están (EG 25); a desarrollar nuestra actividad pastoral con la conciencia de estar en un estado permanente de misión; a no mutilar, sino guardar siempre la integridad del mensaje evangélico; a expresar las verdades de siempre con un lenguaje nuevo que permita advertir la perenne novedad.

Esta conversión pastoral de los agentes pide de nosotros, de todos, —sacerdotes, religiosos y laicos—, porque todos somos responsables como bautizados de la evangelización de nuestro mundo, **una espiritualidad misionera** que haga superar los individualismos, las crisis

de identidad, la caída del fervor y la ilusión pastoral; que supere los complejos de inferioridad de los agentes que llevan a ocultar la identidad y las convicciones personales, conscientes de que ofrecemos lo que los hombres y mujeres de nuestro tiempo más necesitan; una valentía, que nos lleve a perder el miedo al compromiso; una superación de la desilusión, del pesimismo estéril, de la falta de esperanza, y de la conciencia de derrota (Cfr. EG c.II) que nos hace vivir con cara avinagrada y darnos por vencidos antes de empezar la batalla. Los cristianos estamos llamados hoy, como nos aconseja el papa Francisco, a testimoniar la alegría del Evangelio (*Evangelii gaudium*) y la alegría del amor (*Amoris laetitia*).

Una conversión pastoral con la que, ante la desertización de la fe y los pocos resultados positivos que obtenemos, **no nos dejemos robar la esperanza** porque vivimos una espiritualidad que convoca a la comunión y a la fecundidad misionera; una conversión personal y pastoral que nos convierta realmente en **sal de la tierra y luz del mundo** desde la vivencia de la fraternidad y la comunidad; una conversión personal y pastoral que **nos impida dejarnos llevar por la mundanidad** y sus criterios a la hora de vivir y actuar y encauce nuestra vida personal, pastoral y evangelizadora por los caminos y los criterios del evangelio.

Todas estas, y más actitudes fruto de una verdadera conversión personal y pastoral, piden la puesta en marcha y el desarrollo de una evangelización misionera

por parte de los agentes de evangelización, es decir, de todos aquellos que, creyendo en Jesús, nos sentimos llamados y responsables de llevar el mensaje salvador a los hombres y mujeres de nuestro mundo actual.

Todos estas exigencias son un camino a recorrer que no se consigue ni en un curso ni en dos, sino que es un esfuerzo continuo el que hemos de poner para que realmente nuestro trabajo pastoral tenga este carácter misionero.

Nos queda mucho camino por andar y por recorrer y, que por lo mismo, se nos pide que sigamos avanzando por el camino iniciado de hacer, de nuestra acción pastoral y evangelizadora, una acción verdaderamente misionera y una iglesia en salida. Desde estas actitudes personales del verdadero agente de evangelización, salgamos a buscar a los que están lejos o son indiferentes a Cristo y a la fe para ofrecerles con convencimiento y valentía, desde la alegría y la esperanza, el anuncio de su persona y su mensaje, como quien ofrece lo mejor y lo que más necesita el mundo actual.

Para llevar adelante esta acción evangelizadora misionera se nos pide también la **conversión de estructuras** evangelizadoras tan importantes **como la parroquia** (Cfr. EG 28). Nuestras parroquias necesitan una transformación misionera. No pueden seguir haciendo y ofreciendo lo mismo de siempre. Se han quedado envejecidas y necesitan, no un acicalamiento exterior sino una verdadera transformación para ser

verdaderas estructuras al servicio de la evangelización misionera.

Las parroquias son estructuras válidas de evangelización, pero tienen que cambiar de estilo, abriéndolas al mundo, convirtiéndolas en lugares de acogida, haciendo de ellas verdaderos centros de evangelización comunitaria, en las que todos tenemos algo importante que aportar, olvidando el clericalismo en el que las hemos sumido, para dar cancha a los demás agentes de evangelización, especialmente, los laicos cristianos.

Los **consejos pastorales** de las parroquias no pueden ser órganos muertos, que están en el papel, pero que no desempeñan la verdadera función que les corresponde de hacer viva la parroquia por medio de la programación, la revisión y la búsqueda de caminos nuevos por los que llegar a los que están lejos.

Nuestros consejos pastorales parroquiales tienen que ser el hogar en el que se reflexiona, se comenta y se toma conciencia de lo que está pasando en las parroquias y, a la vez, taller desde el que se proponen estrategias, objetivos y actividades concretas.

Así se podrá dar respuesta a los problemas que abundan en nuestras parroquias, a las necesidades prioritarias que aparecen, a la situación increíble de tantas personas que, en otro tiempo, creyeron y hoy no creen, o a tantos indiferentes a Cristo y a la fe que necesitan el primer anuncio. Se trata de que muchos descubran que Cristo les quiere tanto que ha sido capaz de entregar su

vida por todos y cada uno de ellos, a pesar de su indiferencia, su increencia y sus pecados.

Todo este contenido tan rico está implícito cuando hablamos y nos proponemos lograr una evangelización realmente misionera en nuestra pastoral y en nuestra tarea evangelizadora.

Como he dicho anteriormente, una acción pastoral misionera no se puede lograr en un curso ni en dos ni en tres. Es fruto del esfuerzo, de tiempo y del intento de lograrlo una y mil veces. Por eso, no debemos desanimarnos por no haberlo conseguido todo, ni mucho menos, pero tenemos que descubrir en **este camino misionero el reto mayor que tenemos en nuestra actividad pastoral**, en nuestras parroquias, en nuestras comunidades y debemos continuar persiguiéndolo, apoyados los unos en los otros y todos en el Señor. Ya tenemos comprobado que con lo de siempre, –con el otro estilo–, no llegamos a ningún sitio, es más, haciendo lo de siempre, cada día son menos a los que llegamos y muchos más los que engrosan la fila de los indiferentes e increyentes, alejados de Cristo y de los valores del Evangelio.

Por eso, este objetivo transversal de todo el quehacer pastoral que es impulsar una evangelización misionera, será la actitud prioritaria que esté siempre presente en nosotros, –este curso y los que sean necesarios– tratando de dar nuevos pasos que nos acerquen a ese nuevo estilo evangelizador de una Iglesia en salida que está

llamada a buscar, ofrecer, y llevar el mensaje salvador de Cristo al corazón del mundo.

Que el Espíritu Santo, que iluminó, transformó y acompañó con su gracia a los Apóstoles, nos ilumine, transforme y acompañe con su gracia a nosotros en el momento presente de la historia de la Iglesia. Y que nuestra madre, la Virgen María, Estrella de la Nueva Evangelización, ilumine nuestros pasos. Con su ayuda y la fuerza del Espíritu, hemos de ser capaces de responder a los retos que nos plantea el Evangelio y el mundo en el que estamos viviendo desde su realidad y necesidades. Que nuestro trabajo a favor de la evangelización produzca verdaderos frutos de salvación en los hombres y mujeres de nuestro tiempo a los que va dirigido.

Objetivos particulares

En el marco de este esfuerzo de encarnar en nosotros un actitud evangelizadora misionera, en este curso que comenzamos 2016–2017, partiendo de la realidad, de las necesidades y urgencias concretas y más importantes que tiene hoy nuestra Diócesis de Ciudad Real, teniendo en cuenta la última exhortación del papa Francisco y la conclusión de los dos Sínodos de la familia habidos en años anteriores, queremos centrar nuestra atención en **dos campos**, especialmente, necesitados de evangelización misionera:

El primero es la evangelización de la familia, desde la puesta en marcha del itinerario concreto que el Papa, recogiendo las sugerencias de los dos sínodos, desarrolla en la exhortación apostólica *Amoris laetitia*.

El segundo es el impulso y promoción de las vocaciones sacerdotales (Cfr. EG 107).

La familia es la realidad más importante que tenemos ante nosotros como destinataria y sujeto de evangelización. Si en ella Dios es el gran silenciado y el gran ausente, porque la familia actual es indiferente a todo lo que se refiere a Dios y a la fe, los miembros de la misma terminarán sin tener ninguna experiencia cristiana ni referencia religiosa, y muy difícilmente llegarán a ser unos verdaderos creyentes por otros caminos cuando falta el fundamento de la vivencia creyente en el seno de la familia.

Todos, como agentes de evangelización, conocemos y tenemos experimentado la importancia de la familia en la tarea evangelizadora.

Cuando la familia se implica y cumple con la misión que le es propia de vivir como familia cristiana y transmitir a todos sus componentes el mensaje salvador de Cristo, los esfuerzos evangelizadores que ponemos desde las parroquias u otras instituciones para hacer realidad la evangelización y que la fe dé sus frutos, dichos frutos se dan y se ven. Cuando la familia se convierte en la institución que no cumple con su misión, que se hace indiferente a la fe y no transmite la misma en su seno, los frutos evangelizadores de las parroquias y demás instituciones evangelizadoras, después de muchos esfuerzos por nuestra parte, se reducen a la mínima expresión o son prácticamente nulos. Nuestros esfuerzos no se encuentran respaldados ni apoyados por una familia que haya sido fundamento y base de la fe de unas generaciones a otras.

Por otra parte, **el impulso y la promoción de las vocaciones sacerdotales** son algo que están reclamando la realidad de nuestras necesidades pastorales diocesanas y la dificultad para dar respuesta auténtica a las mismas desde la Diócesis.

Ya en la actualidad, –no tenemos que esperar a que pasen unos años–, tenemos dificultades para atender pastoralmente, como se merece, la realidad diocesana y de todas y cada una de nuestras parroquias. Cuando una parroquia queda vacante por jubilación, muerte o cambio del sacerdote que la atendía, tenemos mucha dificultad para encontrar a quien enviar a que atienda dicha vacante. Esta dificultad, que ya existe en la actualidad, se va a acrecentar y multiplicar en los próximos años y cursos venideros si no somos capaces de dar un verdadero impulso a la pastoral vocacional y si no promovemos decididamente las vocaciones sacerdotales. Así podremos hacer posible que tengamos cada curso algunos sacerdotes nuevos a los que podamos ordenar para el ministerio y servicio de estas necesidades evangelizadoras y pastorales que sentimos.

Nuestra promoción y cultivo de las vocaciones sacerdotales tiene que ir en un doble camino:

I. Animando a los padres a que lleven sus hijos al Seminario para que, desde el crecimiento en número, podamos hacer una mayor selección de los candidatos y tengamos en el Seminario aque-

llos muchachos (niños, adolescentes y jóvenes) que muestren un determinado atractivo por la vocación sacerdotal.

Se trata del empeño que hemos de poner cada uno y todos, sin exclusión, en nuestras parroquias. Tenemos que animar a los padres para que sus hijos realicen sus estudios de ESO y Bachillerato en nuestro Seminario Menor, como un lugar privilegiado en el que los muchachos van a recibir una formación verdaderamente integral, una formación humana y cristiana, que sea la base y plataforma desde la que puedan descubrir si Dios les puede llamar por el camino del sacerdocio.

Esto es tarea de todos y cada uno de nosotros como sacerdotes responsables de la pastoral de las distintas parroquias. No es solo tarea de los que están en la actualidad en el Seminario, como si las vocaciones y su promoción solo les compitiera a ellos. Cada sacerdote debe ser un agente de promoción vocacional en cada parroquia de la Diócesis.

Hemos de recuperar el sano orgullo que tenían los sacerdotes mayores en animar y llevar seminaristas al Seminario para que podamos tener, después también, el orgullo de sabernos agentes colaboradores importantes en la gestación de los sacerdotes nuevos que reciban la ordenación sacerdotal.

2. Junto a nuestro aliento a las familias para que animen a sus hijos a ir al Seminario Menor como un lugar privilegiado en el que estos van a recibir una formación de calidad que no van a encontrar en otros centros escolares, no podemos olvidar otra fuente importante hoy de vocaciones: aquellas que surgen del tú a tú, del *boca a boca*, de la propuesta explícita y concreta que hemos de hacer a aquellos jóvenes maduros, que seguro que tenemos algunos en nuestras parroquias, y a los que hemos de animar a que se planteen la pregunta: «Y yo sacerdote ¿por qué no?». A estos hemos de hacerles la propuesta vocacional explícita por el camino del sacerdocio: «¿No has pensado que Dios te puede estar llamando por el camino del sacerdocio como un camino por el que podrás hacer tanto bien a los demás y en el que puedes ser verdaderamente feliz?».

Es esta una forma nueva desde la que están saliendo chicos que se animan a ingresar en el Seminario Mayor directamente y discernir si realmente Dios les llama por el camino del sacerdocio.

Hoy son muchos los jóvenes maduros que están necesitando una propuesta, un interrogante por parte nuestra —como sacerdotes que les conocemos y tratamos—, que les ayude a plantearse su vida como respuesta a la llamada de Dios por

el camino del sacerdote. Si estos jóvenes no encuentran a alguien en su camino, en su vida, que les ayuda a interrogarse por esta vocación, tal vez no son capaces solos de descubrirla y seguirla. Pero si alguien que está viviendo con alegría y verdadero sentido y auténtica felicidad su sacerdocio, les ayuda a interpelarse por este camino, muchos de ellos podrán seguirlo, porque de lo que estamos seguros es que Dios sigue llamando, pero sigue llamando a través de determinadas mediaciones entre las cuales estamos nosotros, los sacerdotes.

Vamos, pues, a poner en este curso un esfuerzo especial en este objetivo prioritario de promoción de las vocaciones sacerdotales por estos dos caminos concretos: desde la animación de los padres a llevar a sus hijos al Seminario y de los niños a ir al Seminario; y desde la propuesta vocacional abierta y explícita a aquellos jóvenes que vemos con unas cualidades especiales y pensamos que podrían ser buenos sacerdotes, si se decidieran a ir por dicho camino.

Programación concreta

1

La evangelización de la familia

Queremos promover e impulsar una auténtica evangelización de la familia, que prepare adecuadamente a los novios para el matrimonio, que acompañe a los matrimonios en las distintas fases y momentos por los que estos atraviesan, para que logren ser verdaderamente matrimonios cristianos, base y fundamento de la construcción de la familia creyente y cristiana y que ayude a los padres a educar a los hijos en los valores del Evangelio.

A **Grupos de amigos–novios para la reflexión y el aprovechamiento en serio del noviazgo (Cfr. AL 208).**

Se trata de buscar parejas de chico–chica, que comienzan a salir juntos o que llevan un tiempo ya haciéndolo y que son novios formales.

Es una preparación más prolongada y más completa de su futuro como pareja y como matrimonio, para que se conozcan y aprendan a ir juntos proyectando su futuro.

Estas parejas hay que buscarlas, porque ninguna de ellas va a ir a las parroquias a pedirnos que les acompañemos en este periodo del noviazgo. Se trata de una verdadera evangelización misionera de los novios o amigos–novios, de parejas de jóvenes, chico–chica, en este periodo tan importante del noviazgo, para ayudarles a que se conozcan mutuamente, vean las compatibilidades o incompatibilidades que se dan entre ellos, conozcan los proyectos, las ilusiones y la manera de pensar de los temas fundamentales del matrimonio, los hijos, la educación etc. No debemos olvidar que sobre toda la comunidad cristiana recae hoy un gran compromiso en la preparación de los prometidos al matrimonio debido a la complejidad del momento presente y a los desafíos a los que debe hacer frente la familia.

B «Programas específicos para la preparación próxima al matrimonio que sean una auténtica experiencia de participación en la vida eclesial y profundicen en los diversos aspectos de la vida familiar» (*Amoris laetitia* [AL], 206).

Acompañar a los novios en la preparación al matrimonio es un bien para las mismas comunidades cris-

tianas porque pueden ayudarlas a renovar y crecer en amor y amistad.

Hay diversas y legítimas maneras de organizar la preparación próxima al matrimonio y cada diócesis, e incluso, cada parroquia deberá discernir lo que sea mejor, procurando una preparación adecuada que, al mismo tiempo, no aleje a los jóvenes del sacramento.

En los cursos de preparación próxima al matrimonio hay que dar una prioridad al **anuncio del kerigma**, junto con «aquellos otros contenidos que comunicados de manera atractiva y cordial, les ayude a comprometerse en un camino de toda la vida, “con gran ánimo y liberalidad”». Se trata de una iniciación al sacramento del matrimonio, que «les aporte los elementos necesarios, para recibirlo con las mejores disposiciones y comenzar con cierta solidez la vida familiar» (AL 207).

Esta preparación, a los que ya formalizaron un noviazgo, debe ayudarlos a **reconocer las incompatibilidades o riesgos**; a descubrir que el deslumbramiento inicial lleva a tratar de ocultar o relativizar muchas cosas; a que con claridad puedan hablar de lo que cada uno de los dos espera del matrimonio, de las dificultades que ven, del modo de entender lo que es el amor y el compromiso, de lo que cada uno desea del otro, del estilo de vida en común que se quiere proyectar. Se les debe enseñar a descubrir lo importante que es tener un **«proyecto de vida en común»**; a hacer juntos dicho

proyecto, que como el programa que juntos se trazan de cara a la vivencia de su matrimonio (Cfr. AL 209).

Los encuentros de preparación para el matrimonio deben ser hoy, además, **verdaderas catequesis**, en las que se hable de Dios y de la fe, de la vida cristiana y de lo importante que es su vivencia para el matrimonio. Estos son temas que los actuales novios están bastante en blanco y en los que hay que formarlos.

Debe igualmente tenerse con el grupo que está preparándose para el matrimonio **algunas celebraciones de fe** como la Eucaristía, el sacramento del perdón, espacio para tener juntos un encuentro de oración, etc. (Cfr. AL 211).

Tanto en la preparación próxima como en los acompañamientos más prolongados, se debe insistir y asegurar que los novios **no vean en el casamiento como el fin del camino**, sino que vean el matrimonio como una **vocación que los lanza** hacia adelante con la firme y realista decisión de vivir todas las pruebas y momentos difíciles como verdaderos protagonistas que han de vivir juntos, que les ayude a madurar su amor (Cfr. AL 211).

C La preparación de la celebración:

Es preciso no olvidar que la celebración es un momento clave y, por lo mismo, debe prepararse independientemente y sin dejarse aplastar por las circuns-

tancias externas: invitaciones, vestimenta, innumerables detalles que hacen que los novios lleguen realmente a la boda agobiados y agotados (Cfr. AL 212).

Se debe ayudar a los novios a descubrir y vivir el sentido de a cada uno de los gestos que en la celebración se hacen (Cfr. AL 213).

Es muy importante que los novios perciban el peso teológico y espiritual del consentimiento que ilumina todo el significado de todos los demás gestos siguientes. Habrá que ayudarles a descubrir que el consentimiento muestra que libertad y fidelidad no se oponen, sino que se sostienen mutuamente (Cfr. AL 213).

Quienes acompañan en la preparación de la celebración deberán orientar a los novios a que tengan unos momentos de oración antes de la misma, para que recen mutuamente el uno por el otro, para que Dios les conceda ser fieles y generosos, y para que se pregunten junto a Dios qué es lo que Él espera de ellos (Cfr. AL 216).

El celebrante debe darse cuenta de que en la celebración de las bodas está ante una comunidad de personas que seguro no frecuentan mucho la Iglesia ni los sacramentos ni valoran suficientemente la fe. Por eso, debe aprovechar **la celebración y la homilía para hacer ese primer anuncio del Evangelio** de Cristo a todos ellos. Deberá preparar con mucho esmero la homilía de la boda (Cfr. AL 216).

D Las catequesis prebautismales

Otro momento importante de acompañamiento a los esposos y a las familias es el momento en el que Dios hace fecundo el amor y bendice al matrimonio con el regalo del hijo.

Los padres, pasado un tiempo, acuden a la parroquia a pedir el bautismo para su hijo. El sacerdote y la parroquia les propone a los padres unas catequesis de preparación para poder bautizar a su hijo o hija.

¿Qué pasa con las catequesis pre-bautismales? Pues que no podemos seguir haciendo lo que hemos hecho hasta ahora, porque la situación de los padres es muy diversa, la de los unos de los otros. Hemos de iniciar una renovación de las mismas que responda mucho más a las situaciones que se están dando en la actualidad entre los padres que acuden a pedir el bautismo para sus hijos.

Se hace necesario, por tanto, una verdadera renovación de las catequesis pre-bautismales para los padres que piden el bautismo para sus hijos:

RENOVACIÓN EN EL TIEMPO DEDICADO A ESTA TAREA

No podemos hacerlo todo en un rato en el que les juntamos a todos los que van a bautizar y les explicamos un poco el rito y cuatro cosas más. Necesitamos dedicar varios encuentros para explicarles y ayudarles

a que entiendan lo que van a hacer, lo que les compromete y a lo que están dispuestos, lo que significa pedir el bautismo para un hijo y la responsabilidad que ellos adquieren como padres.

Sería muy bueno que todos nos comprometiéramos a renovar esta preparación de los padres dedicando cuatro o cinco encuentros con cada pareja con estos contenidos:

a. Discernimiento de la situación general en la que se encuentra la pareja de padres que pide el bautismo. Situación del compromiso matrimonial y de fe, motivaciones por las que piden el bautismo, etc.

b. Encuentro dedicado a explicarles y dialogar sobre lo que **significa y exige la fe cristiana.** Ser cristiano.

c. Importancia de la familia cristiana a la hora de educar en la fe a los hijos.

d. Compromisos que adquieren al pedir el bautismo para sus hijos: en el plano personal, en su situación de compromiso matrimonial, en la fe, en la transmisión de la fe. Lo que la parroquia les ofrece para poder cumplir con todos los compromisos que adquieren.

e. Explicación del Rito del bautismo y significado de cada uno de los elementos que en él aparecen. Es imprescindible que haya **una misma exigencia**

en todas las parroquias de la Diócesis y, por lo mismo, que haya una unidad a la hora de impartir estas catequesis, de tal manera que no se dé nunca el caso de que unas parroquias exijan más, y otras menos. Si fuera así, los padres se van a ir a las que menos exigen y, además, los que bautizan en aquellas que lo exigen, no van a entender las diferencias entre unas y otras.

Lo que pretendemos conseguir con estos encuentros es lo siguiente:

1. Ayudar a discernir a los padres las verdaderas motivaciones por las que solicitan el bautismo para sus hijos.

2. Dialogar con los padres la situación en la que se encuentran como creyentes. Dónde están en este aspecto y qué pasos creen que deberían dar para lograr ser buenos educadores de la fe de sus hijos.

3. Ayudar a los padres a descubrir, desde este diálogo, que ellos son los garantes de la fe de sus hijos y que, por lo mismo, se deben tomar muy en serio la tarea de vivir la fe cristiana personalmente, en el matrimonio y en la familia.

4. Motivar, por tanto, a los padres a que hagan una revisión de la fe que dicen quieren transmitir a sus hijos. En este campo, lo mismo que en muchos otros, dice el refranero castellano que «nadie da lo que no tiene».

5. Ayudar a los padres a una comprensión auténtica del verdadero significado del bautismo, del compromiso que ellos adquieren como padres, y de la disposición que deben tener para ello.

6. Ofrecer a los padres los medios que existen en la parroquia para ayudarles a educar cristianamente a sus hijos y vivir ellos mismos más intensa y auténticamente su fe. Para madurar como matrimonio y como familia cristiana y animarles a que participen en algunos de estos medios que les van a ayudar en su tarea y misión.

RENOVACIÓN EN EL MODO

Estos encuentros debemos tenerlos con **cada pareja por separado** precisamente porque las situaciones que se están produciendo en la actualidad, en los padres que piden el bautismo para sus hijos, son muy diversas: casados canónicamente, casados civilmente, divorciados y vueltos a casar, simplemente conviviendo y un largo etc.. Situaciones que requieren discernir la situación de cada una de las parejas, para hacer más hincapié en unos aspectos o en otros.

RENOVACIÓN EN EL LUGAR DONDE TENER LOS ENCUENTROS

Creemos muy conveniente realizar estos encuentros de preparación de los padres que piden el bautismo

para sus hijos **en sus propias casas**, en sus propios domicilios, porque es un signo de cercanía el que la Iglesia se acerque a sus casas y, sobre todo, cuando ellos no van por la iglesia.

Yo creo que hemos de adoptar este nuevo estilo y esta nueva forma de preparación de los padres para el bautismo de los hijos, si queremos darles una buena formación y que sean consecuentes con los compromisos que adquieren cuando piden el bautismo para sus hijos.

E Escuela de formación permanente

Se organizarán desde la Diócesis, a través de la Delegación Diocesana de Pastoral Familiar, o también las mismas parroquias, charlas sobre distintos temas relacionados con la vida matrimonial y familiar. Estarán dirigidos a ayudar al matrimonio a que adquiera una formación para vivir mejor su realidad matrimonial y familiar.

F Grupos de matrimonios de reflexión y acción (Cfr. AL 229).

Se trata de buscar y animar a participar en dichos grupos a matrimonio de 50 años para abajo e incluso mayores, que les ayude a vivir su matrimonio con un

estilo peculiar desde las claves del diálogo, el entendimiento y la ayuda mutua, para crecer como personas maduras, como matrimonios felices, como creyentes auténticos y como padres responsables.

Estos grupos son un medio muy importante de acompañamiento a los matrimonios, especialmente en los primeros años del mismo, pero, como todo hoy en la evangelización, **no surgen solos ni por generación espontánea**. Hemos de ofertarlos, sin cansarnos, a los nuevos matrimonios, y hemos de buscar parejas que quieran formar un grupo de reflexión que les va a ayudar mucho en su vida como matrimonio.

En estos grupos, el matrimonio va a encontrar:

a. El camino que le ayude a hacer memoria a lo largo de toda su vida del don y la gracia recibida el día del matrimonio.

b. La ayuda humana que necesita para escribir *con buena caligrafía* los primeros años de vida matrimonial y familiar, tan importante, por otra parte, para el futuro. Cuando un matrimonio pone bien firmes los cimientos, tanto humanos como cristianos, esa primera experiencia va a repercutir en el estilo de matrimonio y familia que perdurará toda la vida.

c. El aliento para lograr situarse de manera responsable y generosa ante el don de la vida, descubriendo el

significado de la procreación responsable, recuperando el valor de la maternidad y la paternidad, ayudándoles a que reaccionen con firmeza ante la mentalidad actual de retrasar la llegada del primer hijo y el modelo de familia con un solo niño.

d. Los apoyos necesarios para desempeñar su tarea educativa, su responsabilidad primera y principal como educadores de sus hijos y su responsabilidad como sujetos de evangelización y de apostolado, a través de la educación religiosa y la catequesis.

e. La oferta de las distintas formas de participación en la vida de la Iglesia, en las cuales pueda ejercer su apostolado, además de en la familia, como algo que les ayudará a su desarrollo y enriquecimiento personal.

f. La participación en escuelas de padres, desde las que aprendan y se preparen para saber educar humana y cristianamente a sus hijos, descubran su aportación a la misma y encuentren apoyos y ayudas para lograrlo.

G La promoción y puesta en marcha de *Escuela de Padres en las parroquias*

Sin lugar a dudas, una de las asignaturas más difíciles y una de las dificultades importantes que han encontrado,

encuentran y encontrarán los padres con relación a los hijos, ha sido, es y será la de la educación de los mismos.

Porque esta dificultad es real y porque la preocupación de los padres por educar bien a sus hijos es una de sus mayores preocupaciones, surgen diversas preguntas que martillean de forma constante e incluso agobiante la mente de los progenitores: ¿Cómo hacerlo?, ¿con qué criterios?, ¿cuáles son los valores fundamentales a inculcar?, ¿qué tipo de persona queremos formar y desde qué valores y criterios?, ¿dónde se aprende a ser padres y educadores de los hijos?, ¿cómo proceder con los hijos para que la sociedad y el ambiente social no tengan en ellos tanta influencia nefasta como a veces está teniendo?.

Estas, y mil preguntas más, cruzan por la mente de tantos y tantos padres que se sienten preocupados por sus hijos y les inquieta cómo acertar en una verdadera educación integral de los mismos.

Si de educar en la fe a los hijos se trata, existe igualmente la inquietud de tantos padres creyentes que se preguntan, una y otra vez: ¿Cómo transmitir a los hijos sus convicciones religiosas más profundas, de tal manera que puedan madurar día a día como creyentes y puedan ser unos auténticos seguidores de Jesús?, ¿qué parte les corresponde a ellos y desde qué esfuerzos o situaciones de la vida hacerlo?

Preguntas, interrogantes, inquietudes y actitudes muy dignas de alabanza por parte de los padres y a las que

nosotros, desde los temas de esta *escuela de padres*, queremos ayudar a que encuentren una respuesta lo más auténtica y válida posible.

Con este fin ofrecemos estos temas que sirvan de ayuda para poder iniciar, animar y continuar una *escuela de padres* en parroquias y colegios, de tal manera que los padres puedan encontrar la ayuda que necesitan para educar convenientemente a sus hijos.

Se trata de unos temas orientados a que, por una parte, faciliten a los animadores de las *escuelas de padres* en los distintos lugares –parroquias y colegios– esta labor de animación, y por otra, ofrezcan a los padres unos elementos de juicio y de diálogo en casa entre el padre y la madre y después en las reuniones de la escuela con otros padres y madres.

La participación en ella ayudará a las familias a desempeñar su misión de transmitir la adecuada educación humana y cristiana a los hijos en el ámbito de la propia familia, en colaboración con la escuela y con la parroquia.

La invitación a la participación en la *escuela de padres* se puede hacer a los matrimonios desde el momento en que su relación matrimonial se ve bendecida con el nacimiento del hijo, pero está particularmente indicada en el tiempo en que los hijos están preparándose para la recepción de los Sacramentos de la Iniciación cristiana. Desde la parroquia se invitará a los padres a la participación como algo que les ayudará a profundizar en el sentido de los Sacramentos que ellos mismos han recibido y que ahora piden para sus hijos, y a adquirir criterios bien fundamentados en lo humano y en la fe

desde los que dar una educación acertada tanto humana como cristianamente a los hijos.

H **Cultura de la espiritualidad conyugal y familiar.**

1. Grupos de oración para matrimonios, en los que marido y mujer, con otros matrimonios, aprendan y se ejerciten en la práctica de la oración personal, conyugal y familiar, para vivirla y practicarla, del mismo modo, en el vivir de cada día.

2. Promover y organizar, desde la Delegación Diocesana de Pastoral Familiar y desde las parroquias y en coordinación con ellas, **una tanda de ejercicios** de fin de semana cada año para matrimonios, desde los que encuentren estímulo y ayuda para crecer en la valoración de la fe en la vida y renovar su vivencia tanto personalmente como a nivel de matrimonio y de familia.

3. Promover y organizar desde la Delegación Diocesana de Pastoral Familiar y desde las parroquias y en coordinación con ellas, cada cuaresma **una convivencia espiritual** para matrimonios, en la que juntos recen, revisen su fe y la marcha de su matrimonio y familia.

No quiero terminar este objetivo sin incidir en la Pastoral familiar de reconciliación y mediación (Cfr. AL 242). La convivencia en el matrimonio no es una balsa de aceite, sino que en ella surgen conflictos, tensiones, desencuentros, crisis... A la comunidad parroquial tienen que dolerle las tensiones y fracasos de matrimonios y familias cristianas. Siempre ha de estar presente en la acción parroquial «la lógica de la misericordia» (Cfr. AL 309). A través de ella, sin rebajar la propuesta del ideal del matrimonio, la parroquia ha de ejercitar la compasión ante situaciones familiares conflictivas y abocadas al fracaso, motivadas por problemas personales de los esposos o hijos, o por otros problemas de diversa índole como son los económicos, sociales educativos... Esta actitud misericordiosa no corresponde exclusivamente a la acción de Cáritas parroquial, sino que ha de estar presente en la acción pastoral familiar. El sacerdote, con algún matrimonio competente, han de estar dispuestos a intervenir y facilitar su trasvase al Centro de Orientación Familiar (COF) de nuestra diócesis, ya que ha sido creado como medio de ayuda, mediación y reconciliación. Hemos de hacer todo lo posible para que la familia se convierta en sujeto de evangelización a través del anuncio explícito del Evangelio y, también, a través de multitud de formas de testimonio que sean expresión del amor que Dios nos tiene como, por ejemplo, la solidaridad con los pobres, el cuidado por la creación,

la caridad y solidaridad con otras familias, el compromiso por el bien común y la práctica de las obras de misericordia (Cfr. AL 290).

2

Pastoral vocacional al sacerdocio y a la vida religiosa

Actitudes a cultivar y refrescar en nuestra vida eclesial:

A Tomar conciencia de que **Dios sigue llamando hoy** a jóvenes generosos a entregar su vida al servicio del evangelio en el sacerdocio y la vida consagrada.

B Lo que **faltan son respuestas positivas** a esa llamada de Dios. Tal vez porque falta quien proponga abierta y explícitamente a los jóvenes este camino como posible para ellos y como camino donde se pueden sentir felices.

Concienciación de los sacerdotes de que nuestro trabajo y aportación, desde nuestro entusiasmo sacerdotal y desde nuestra palabra en favor de las vocaciones sacerdotales, son muy importantes e imprescindibles.

DImplicación de los catequistas a la hora de proponer la vocación sacerdotal y a la vida consagrada. Deben convencerse de que Dios se sirve de la catequesis para continuar llamando a adolescentes y jóvenes a que consagren su vida entera al servicio de Dios y al anuncio de su Reino.

Es **toda la Iglesia** la que debe promover las vocaciones sacerdotales. Una comunidad de la que no surjan vocaciones al sacerdocio no es una comunidad realmente fecunda y viva. Los sacerdotes han sido siempre, lo son y lo serán los agentes más apropiados e insustituibles, desde la vivencia gozosa de su sacerdocio, y desde la propuesta valiente y explícita a jóvenes y familias concretas para suscitar, animar, acompañar y ayudar a hacer un discernimiento vocacional a los que se puedan sentir llamados por el camino del sacerdocio.

Somos los sacerdotes los que conocemos a los jóvenes que tenemos en las parroquias. Somos nosotros los que tenemos que tener la audacia y la decisión de hacer la propuesta vocacional explícita y abiertamente a esos jóvenes que vemos con unas cualidades y con una

fe, que nos hacen pensar que podrían ser unos buenos sacerdotes. Por lo mismo, somos nosotros los que debemos plantearles y acompañarles a hacer dicho discernimiento vocacional por el sacerdocio.

E Tomar conciencia los sacerdotes y ayudar a la comunidad cristiana a participar de esa conciencia de que el problema de las vocaciones al sacerdocio no llegará dentro de unos años, sino que es ya real también en nuestra Diócesis. Así lo estamos experimentando ya los que estamos responsabilizados de nombrar sacerdotes para las distintas comunidades y cubrir las vacantes que cada curso se producen, por muerte, jubilación u otras circunstancias. No tenemos sacerdotes con los que responder a las necesidades que surgen de esas situaciones.

Si no ponemos interés por parte de todos en el apoyo, promoción, animación y acompañamiento de las vocaciones sacerdotales en nuestra Diócesis, no tendremos sacerdotes que animen y ayuden a crecer en la fe a nuestros diocesanos y que presidan y animen pastoralmente nuestras comunidades cristianas.

La promoción, animación y cultivo de las vocaciones sacerdotales no es solo misión de los que están en el Seminario y constituyen el Equipo de formadores. Es tarea de todos los que formamos la comunidad cristiana, y especialmente de todos los actuales sacerdotes, buscar, animar y acompañar a quienes podamos dejar el

testigo de nuestra misión evangelizadora como animadores y presidentes de cada comunidad cristiana.

OBJETIVO GENERAL

Nos proponemos ayudar a lograr en toda la Iglesia Particular y especialmente en los sacerdotes, la conciencia de que la promoción de las vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa es muy urgente y necesario, si queremos tener sacerdotes que puedan atender pastoralmente a las comunidades cristianas.

MEDIOS

1. Visitando todas las parroquias de la diócesis y hablando con sus sacerdotes sobre la situación de las vocaciones. Habrá que alentarlos para que se tomen en serio este tema, para que animen a las familias y que hagan abiertamente la propuesta vocacional a jóvenes de las parroquias que vean con cualidades. Esta acción se llevará a cabo desde el Seminario y, especialmente, desde la Delegación Diocesana de Pastoral Vocacional.

2. Elaborando, por parte del Delegado Diocesano de Pastoral Vocacional, dos o tres catequesis sobre el

planteamiento vocacional general, que ayuden a los jóvenes a plantearse su vocación, lo que quieren ser en la vida y la pregunta de por dónde les estará Dios llamando.

3. Incluyendo de lleno estas catequesis en el programa de Catecumenado para los jóvenes que se preparan para la confirmación e impartíendoselas a los mismos, por estar en la edad propicia de hacerse la pregunta y de ir respondiendo.

4. Organizando desde la Delegación de Pastoral Vocacional ejercicios, retiros, convivencias religiosas, encuentros de jóvenes a través del año para adolescentes y jóvenes que tengan como centro el planteamiento vocacional.

5. Coordinándose las Delegaciones Diocesanas de Pastoral Juvenil, Pastoral Vocacional y Pastoral Universitaria, para programar conjuntamente alguna acción, con planteamiento vocacional, y para llevarlas adelante conjuntamente.

6. Celebrando en el Seminario, dos veces al año, jornadas de los monaguillos y comprometiéndonos desde las parroquias a llevar monaguillos que participen en ellas.

7. Programando y celebrando desde el Seminario y la Delegación de Pastoral Vocacional, a través del curso, dos encuentros–convivencias para jóvenes, en Adviento y Cuaresma, que puedan estar planteándose su proyecto vocacional o para ayudarles a ello.



Diócesis Ciudad Real